

EL DUQUE DE LERMA Y EL NACIMIENTO DE LA CORTE BARROCA EN ESPAÑA: VALLADOLID, VERANO DE 1605*

The duke of Lerma and the birth of the baroque court in Spain: Valladolid, summer 1605

Patrick WILLIAMS

Catedrático Emérito. University of Portsmouth
Correo-e: patrick.williams@port.ac.uk

RESUMEN: Durante los inicios del reinado de Felipe III maduró la nueva cultura cortesana española. Los fastos celebrados en la corte de Valladolid con motivo del nacimiento de Felipe IV dieron ocasión a Lerma para exhibir su enorme poder estableciendo para toda su generación el modelo de cortesano que era al mismo tiempo ministro, esteta y soldado. De esta eclosión cortesana fueron testigos de excepción los componentes de la delegación inglesa que había viajado a Valladolid para ratificar la Paz de Londres de 1604 firmada un año antes. Los ingleses regresaron con la imagen de una corte joven, refinada y llena de entusiasmo cuyo impacto estaba destinado a sentirse en toda Europa.

Palabras clave: propaganda política, ceremonia, fiesta, corte, diplomacia, Felipe III, Lerma, valido.

ABSTRACT: During the beginnings of the reign of Philip III, it matured the new culture of the court of Spain. The festivities celebrated in Valladolid on the occasion of the birth of Philip IV gave Lerma the opportunity to display his great power, in such a way as to begin to establish for his generation the model of a courtier who was a courtier and a minister, an aesthete and a soldier. The English embassy was exceptional witnesses of this fact because they were at Valladolid for ratifying the Peace of London of 1604 signed one year before. The English took

* Traducido gentilmente por Antonio Terrasa Lozano.

back with them the image of a vibrant and young court that was full of zest and was distinguished by its high culture and the impact of that court was to be felt throughout Europe.

Key words: political propaganda, ceremony, festivity, court, diplomacy, Philip III, Lerma, valido.

El 8 de abril de 1605, sobre las nueve y media de la mañana, nació en Valladolid el niño que, con el correr del tiempo, llegaría a ser Felipe IV de España. Era además aquel día Viernes Santo, el primero de los tres días sagrados del *triduum* durante los cuales las celebraciones seculares estaban rigurosamente vetadas en la corte española¹. Sin embargo en aquella ocasión Felipe III, pletórico

1. Para la redacción de este artículo nos hemos basado en los siguientes relatos originales de las fiestas que se celebraron en Valladolid el verano de 1605:

- ANÓNIMO: *Discurso sobre las fiestas que se Hiçieron en Valladolid Por el dichoso nacimiento Del Rey n[uestro] S[eñor] Don Phe[lip]e 4º*. British Library Additional MSS 10236, ff. 270-315b.
- ANÓNIMO: *Account of the ceremony of the swearing to the Peace with England [by the King of Spain and the reception of his oath by the Admiral of England on behalf of the King]*. Calendars of the manuscripts of the Most Honourable the Marquess of Salisbury (a partir de ahora HMCSalisb), conservados en Hatfield House, Hertfordshire, Historical Manuscripts Commission, Part X, London, Her Majesty's Stationary Office, 1904, pp. 228-230.
- ANÓNIMO: *The Infant of Spain. Account of the christening of the Prince of Spain, born at Valladolid, Good Friday 8 April 1605 (New Style) at 9.40 p.m.* AHMCSalisb, mayo de 1605, pp. 232-234.
- ANÓNIMO: *A report of the gifts given to the Lord Admiral and his Company by the King of Spain*. HMCSalisb., junio de 1605, x, pp. 423-425.
- ALONSO CORTÉS, N. (ed.): *Relación de lo sucedido en la ciudad de Valladolid [desde el punto del felicísimo nacimiento del príncipe Don Felipe Dominico Víctor nuestro señor hasta que se acabaron las demostraciones de alegría que por él se hicieron]*. Valladolid, 1916.
- CABRERA DE CÓRDOBA, L. y GARCÍA GARCÍA, R. (ed.): *Relaciones [de las cosas sucedidas en la corte de España desde 1599 hasta 1614]*. Valladolid, 1997, pp. 238-258.
- CORNWALLIS, C.: «*Letter to the Lords of the Councell*, Valladolid, 31 May 1605 (O.S.)», en WINWOOD, R.: *Memorials of affairs of state in the reigns of Queen Elizabeth and King James*. Londres, 1725, 3 vols.
- GASCÓN DE TORQUEMADA, G.: *Gaçeta y nuevas de la corte de España [desde el año 1600 en adelante]*. Madrid, 1991.
- JAMES I.: *Instructions for the Earle of Nottingham Lord Highe Admirall of England, imployed by his Majestie to the Kinge of Spaine, for takeinge his Oathe for the Observation of the Peace*, en WINWOOD, R.: *Op. cit.*, pp. 62-64.
- KHEVENHÜLLER, H. y VERONELLI, S. (ed.): *Diario de Hans Khevenhüller, embajador imperial en la corte de Felipe II*. Madrid, 2001.
- DA VEIGA, T. Pinheiro y ALONSO CORTÉS, N. (ed.): *Fastigiana [Vida Cotidiana en la Corte de Valladolid]*. Valladolid, 1913.
- TRESSWELL, R.: «*A Relation [Of such Things as were observed to happen in the Journey of The Right Honourable Charles, Earl of Nottingham, Lord High Admiral of England]*», en *Harleian Miscellany*, II, pp. 535-566.

por el nacimiento de su hijo y heredero, ordenó que repicaran las campanas para anunciar a toda la ciudad la feliz noticia. Al caer la tarde, sin hacer caso del solemne recogimiento que imponía el *triduum*, continuaron y crecieron las muestras de regocijo. Se encendieron antorchas en las ventanas del palacio real, ejemplo que siguieron espontáneamente los vecinos de Valladolid, y pronto toda la ciudad quedó iluminada en medio de muestras de irrefrenable alegría². Felipe III mandó celebrar un *Te Deum Laudamus* en la capilla real tras el que, rompiendo de nuevo la costumbre que imponía la Iglesia en aquellas fechas litúrgicas, permitió a sus criados y ministros que le besaran la mano; cerca de quinientos de ellos aprovecharon la ocasión de hacerlo. Al día siguiente Felipe III volvió a dejarse ver en público con sus cortesanos encabezando la procesión de acción de gracias que se hizo a la iglesia de Nuestra Señora de San Llorente; el rey vestía de blanco en prueba de su radiante estado de ánimo³. El cronista de la corte, Luis Cabrera de Córdoba, se sorprendía, justificadamente, por el desfrenado de las celebraciones —«ha sido increíble la alegría que causó el nacimiento del Príncipe»—⁴ y mientras los clérigos desesperaban por tan inapropiadas celebraciones en pleno *triduum*, los cortesanos y los vecinos de la ciudad se entregaban a ellas en cuerpo y alma. El lunes de Pascua, al acabar el *triduum*, el

2. Sobre las fiestas por el nacimiento de Felipe IV puede consultarse LOBATO, M. L.: «Crónica de un nacimiento esperado: teatro y fiestas en Valladolid para el futuro Felipe IV», en *Reales Sitios*, n.º 166, 2005, pp. 2-17. Bernardo J. García García y María Luisa Lobato han publicado dos importantes recopilaciones de artículos. GARCÍA GARCÍA, B. J. y LOBATO, M. L. (coords.): *La fiesta cortesana en la época de los Austrias*. Valladolid, 2003 y *Dramaturgia festiva y cultura nobiliaria en el Siglo de Oro*. Madrid-Frankfurt, 2007. Para el reinado de Felipe III tenemos MARTÍNEZ MILLÁN, J. y VISCEGLIA, M. A. (dirs.): *La monarquía de Felipe III*. Madrid, 2008, 4 vols. Javier Salazar Rincón ha escrito un excelente relato de la vida de Cervantes en Valladolid. SALAZAR RINCÓN, J.: *El escritor y su entorno. Cervantes y la Corte de Valladolid en 1605*. Valladolid, 2006. Para el valimiento de Lerma véase, WILLIAMS, P.: *The great favourite. The duke of Lerma and the court and government of Philip III of Spain 1598-1621*. Manchester, 2006; la edición española que edita la Junta de Castilla y León se halla en estos momentos en prensa. Cabe también citar los dos excelentes estudios que Javier Pérez Gil ha dedicado al palacio de Valladolid. PÉREZ GIL, J.: *El palacio de la Ribera. Recreo y boato en el Valladolid cortesano*. Valladolid, 2002 y *El Palacio Real de Valladolid Sede de la Corte de Felipe III (1601-1606)*. Valladolid, 2006.

3. «El siguiente día, víspera de Pascua, fue cosa notable la general alegría con que en toda la Corte unos á otros se saludaban y daban la norabuena de tan bienaventurado suceso; y como el Corregidor mandó cesar los oficios mecánicos, no se vía sino contento y placer y dar gracias á Dios por tanto bien. Y reconociendo su Majestad que le consiguió por la intercesión de la Sacratísima Virgen, su madre, salió este día, á las cinco de la tarde, vestido de blanco, á caballo, y de la misma manera casi toda la Corte, y en particular el Duque de Lerma, el Marqués de Velada, mayordomo mayor, y todos los mayordomos y caballeros de la cámara, y con gran acompañamiento de los grandes y de toda la caballería, con muchas y diversas galas, fue á visitar la santa casa de Nuestra Señora de San Llorente, y conforme á su acostumbrada piedad, dalla gracias por tanto bien», *Relación de lo sucedido en la ciudad de Valladolid...*, pp. 11-12.

4. CABRERA DE CÓRDOBA, L.: *Op. cit.*, p. 238.

ayuntamiento dio comienzo oficial a los festejos profanos organizando una mascarada en la Plaza Mayor; los caballeros de la ciudad y de la corte hicieron paradas con sus caballos y el pueblo cantó y bailó. Como si los vecinos hubieran tenido necesidad de mayores incentivos para dar rienda suelta a su alegría, el concejo decidió lanzar grandes cantidades de dinero desde los balcones del ayuntamiento.

Las razones de tanto entusiasmo no son difíciles de adivinar. La reina Margarita ya había dado a luz a dos niñas –a Ana Mauricia en 1601 y a María, que vivió tan sólo un mes, en 1603–. Pese a que las mujeres podían suceder en el trono de los reinos de España nadie podía pretender que los nacimientos de esas niñas hubieran sido otra cosa que grandes decepciones; de ello era un claro ejemplo el sombrío testimonio que había dejado Cabrera de Córdoba del nacimiento de la infanta Ana «de que S. M. y toda esta Corte están muy contentos, si bien fuera mejor el regocijo siendo Príncipe; pero Nuestro Señor lo dará cuando sea servido»⁵. Cuando nació la infanta María Cabrera de Córdoba refirió puntualmente «el poco contento que mostraron en Palacio, cuando nació, [...] porque se esperaba que había de nacer un Príncipe». En su opinión pareció como si el *Te Deum* que en aquella ocasión se celebró se hubiera cantado para evitar que la reina pudiera escuchar el escalofriante silencio de la corte «y la Reina echó de ver en el silencio de Palacio lo poco que se habían alegrado con su parto»⁶.

Felipe III, tras decidir dar a su hijo el nombre que él y su padre habían llevado, fijó la fecha del bautizo para el primero de mayo⁷. Sin embargo éste no tendría lugar hasta el 29 de mayo, prolongándose las fiestas dos semanas más, hasta mediados de junio. Todo el entramado de relaciones interconectadas que constituían la estructura y la vida de la corte española –dinásticas y cortesanas, religiosas y seculares, caballerescas, urbanas y populares– se vio involucrado en los festejos. Éstos fueron, además, un acontecimiento cultural de capital importancia en el que participaron algunos de los mayores artistas y escritores españoles de la época. Miguel de Cervantes, Félix Lope de Vega, Francisco de Quevedo y Luis de Góngora escribieron sobre y para aquellas fiestas; la música de Tomás Luis de Vitoria sonó en las celebraciones religiosas; y el joven escultor Gregorio Fernández se dio entonces a conocer al mundo realizando, hasta donde sabemos,

5. *Idem*, p. 113.

6. *Idem*, p. 166.

7. Ni que decir tiene que los Habsburgo españoles contaban con una de las más extraordinarias historias genéticas en la que la longevidad de sus reyes contrastaba con sus fracasos a la hora de engendrar hijos varones que aseguraran la sucesión. Tanto Carlos V como Felipe II sólo habían conseguido que les sobreviviera un hijo varón pese a haber reinado durante más de cuarenta años.

sus primeras obras como contribución a los festejos⁸. Aquellas celebraciones, por lo tanto, fueron también un cauce de expresión del genio de la civilización española en el momento en que alcanzaba su punto culminante. Muy oportunamente Miguel de Cervantes había publicado la primera parte de su *Don Quixote* en 1605; de esta manera muchas de las personas que participaron aquel año en las fiestas de Valladolid pudieron entretenerse con el gran libro cervantino en los momentos de descanso que les dejaba su participación en las distintas actividades festivas⁹.

Aquellas celebraciones adquirieron una dimensión internacional desde el momento en que llegó a Valladolid la embajada inglesa capitaneada por Charles Howard, conde de Nottingham y Almirante de Inglaterra, para ratificar la firma de la Paz de Londres que, en agosto de 1604, había puesto fin al largo conflicto entre España e Inglaterra¹⁰. Jacobo VI de Escocia había sucedido a Isabel I en el

8. Góngora, estrechamente vinculado al duque de Lerma, les dedicó un célebre y mordaz soneto:

«Parió la reina, el luterano vino
con seiscientos herejes y herejías;
gastamos un millón en quince días
en darles joyas, hospedaje y vino.
Hicimos un alarde ó desatino
y unas fiestas que fueron tropelías
al ánglico legado y sus espías
del que juró la paz sobre Calvino
bautizamos al niño Dominico
que nació para serlo en las Españas;
hicimos un sarao de encatamento;
quedamos pobres, fué Lutero rico;
mandáronse escribir estas haçañas
á Don Quijote, á Sancho y su jumento...».

9. Para la vida cultural de la corte véase el amplio estudio de SALAZAR RINCÓN, J.: *Op. cit.*, sobre todo el capítulo III, «Valladolid, cuna del *Quijote*», pp. 203-314.

10. Con la intención de dejar a su hijo una situación de estabilidad internacional Felipe II se había embarcado en una sucesión de guerras durante las décadas de 1580 y 1590; su fracaso fue estrepitoso. Las cargas económicas de estos conflictos contribuyeron a la bancarrota del estado de 1596-97, la cuarta del reinado. Felipe II no sólo no consiguió evitar la subida al trono de Francia de Enrique de Navarra sino que, cuando esto ocurrió, tuvo que firmar con él la paz de Vervins (2 de mayo de 1598). Igualmente fracasó su intento de reducir a los rebeldes de los Países Bajos (o de llegar a un acuerdo con ellos), y el 6 de mayo de 1598 entregó el gobierno de los Países Bajos a su hija Isabel Clara Eugenia y a su marido el archiduque Alberto. A partir de entonces, al menos teóricamente, se dirigiría la guerra desde Bruselas y no desde Madrid. Felipe II no pudo persuadirse a sí mismo para concertar una paz con Isabel I, cosa que al final hicieron en 1604 Felipe III y Jacobo I. Todos

trono inglés en 1603. Jacobo I (como desde entonces sería conocido) hizo saber que, de la misma manera que, en tanto que rey de Escocia, nunca había estado en guerra con España, no tenía ninguna razón para consentir que sus súbditos ingleses continuaran con sus hostilidades. Se acordaron sin dificultades los términos de la paz y, para firmarla en su nombre, Felipe III mandó a Londres a uno de sus más conspicuos nobles, Juan de Velasco, condestable de Castilla y V duque de Frías. A su vez Jacobo I escogió al conde de Nottingham para dirigir la embajada que se mandó a España y ser testigo de la firma de la paz por parte de Felipe III. La recuperación de las relaciones diplomáticas entre Inglaterra y España estuvo encarnada en la figura de Sir Charles Cornwallis, que formó parte de la embajada de Nottingham e iba a ser, durante veinte años, el primer embajador permanente en España. Nottingham regresaría a Inglaterra con el correspondiente embajador español.

La elección de Nottingham fue de una perversidad deliciosa –y con toda probabilidad una concesión de Jacobo I a los partidarios de la línea dura de su propia corte– habida cuenta de que había sido comandante de la escuadra que había derrotado a la Armada Invencible en 1588 y dirigido la expedición que saqueó Cádiz en 1596; su sola presencia justificaría la firma de la paz ante los ingleses a la vez que recordaría a los españoles su humillación de 1588¹¹. Con semejantes antecedentes, era indudable que la llegada de la delegación inglesa iba influir en el carácter de las celebraciones que estaban teniendo lugar en Valladolid pues iban a dar a Felipe III y su corte la oportunidad de demostrar que la grandeza de España permanecía intacta en un momento en que, a algunos, les parecía que había comenzado a declinar; la llegada de los ingleses a Valladolid no hizo sino provocar que las fiestas que se estaban celebrando se volvieran aún más grandiosas.

Todo ello venía a coincidir con un momento en el que la corte española se encontraba en pleno y vigoroso proceso de reacción a la austeridad que la había caracterizado en los últimos años de Felipe II (1556-1598). La corte del Rey Prudente siempre había sido sobria y reservada pero, en la década de 1590, Felipe II se había aislado cada vez más en su palacio –monasterio de San Lorenzo de El Escorial–, dejando languidecer a la corte mientras él esperaba con infinita paciencia la llegada de la muerte que le rescatara de una vida que se le había vuelto intolerable. En semejantes circunstancias era inevitable que la subida al trono de

los acuerdos, tanto financieros como diplomáticos, suscritos por España entre 1596 y 1604 evidenciaron el fracaso de Felipe II a la hora de alcanzar los principales objetivos que había fijado para su política internacional.

11. Fue tal vez por esta razón por la que el duque de Medina Sidonia decidió permanecer en Sanlúcar de Barrameda y evitar así el recuerdo del desastre de 1588. Sin embargo es de justicia señalar que a Medina Sidonia no le gustaba la vida cortesana y prefería la tranquilidad de sus propios estados.

un rey de tan sólo veintiún años provocara una reacción que llevara a la corte a adoptar un nuevo estilo más vivaz y exuberante.

Ya se habían producido claras muestras de semejante reacción en el año 1599, durante el viaje que Felipe III realizó a sus reinos de la Corona de Aragón para encontrarse con su novia, Margarita de Austria. Fueron tan extravagantes y desaforadas las fiestas en las que entonces participaron el rey y su corte que un contemporáneo, el distinguido historiador Gil González Dávila, llegó a acuñar el término «un estilo nuevo de grandeza» para describirlas¹². A su regreso a Madrid, a finales de 1599, el rey impulsaría esta noción de que se estaba viviendo el comienzo de un nuevo estilo cortesano. En la primavera de 1601 tomó la radical decisión de trasladar su corte y capital a Valladolid como si quisiera dejar claro el alcance de los cambios que había emprendido para el país y la corte. Las celebraciones con motivo del nacimiento del príncipe en 1605 supusieron la apoteosis de este nuevo estilo de vida cortesano y el nacimiento de lo que sería la corte barroca.

Sin embargo no era Felipe III la fuerza motriz de aquellas celebraciones puesto que quien las controlaba y dirigía era don Francisco Gómez de Sandoval y Rojas, I duque de Lerma y valido del rey. De hecho el que la corte se hallara residiendo en Valladolid constituía la evidencia más clara del poder de Lerma sobre el rey. Valladolid era la ciudad de Lerma. Éste había nacido en 1553 en Tordesillas, a veintidós kilómetros al sudoeste de la futura capital de España, y había crecido considerando a Valladolid como su ciudad natal. Había organizado el traslado de la corte desde Madrid en la primavera de 1601 en función de sus propios intereses y obrando con la metódica precisión que le caracterizaba. El 6 de diciembre de 1600 había comprado el patronato de la iglesia y monasterio dominico de San Pablo para que sirviera de panteón a la familia Sandoval y el 29 de diciembre había forzado al marqués de Camarasa a venderle su gran palacio de la plaza de San Pablo¹³. Con esto Lerma pasó a poseer el complejo urbano que le permitiría dominar la ciudad. El 10 de enero de 1601 se anunció que la corte del rey de España se trasladaba a Valladolid, donde Felipe III entró

12. González Dávila había acuñado la frase al describir las fiestas que para agasajar a Felipe III organizó el marqués de Denia en la ciudad que daba nombre a su título (aquel mismo año de 1599 se convertiría también en duque de Lerma): «Llegó á Denia, y el Marques, como señor de tan generoso animo, festejó à su Rey en mar y en tierra con un estilo nuevo de grandeza», [*Historia de la vida y hechos del inclito monarca, amado y santo D.*] Felipe III, en SALAZAR DE MENDOZA, P.: *Monarquía de España*. Madrid, 1770-71, pp. 64-65; véase WILLIAMS, P.: «Un estilo nuevo de grandeza». *El Duque de Lerma y la vida cortesana en el reinado de Felipe III (1598-1621)*», en GARCÍA GARCÍA, B. y LOBATO, M. L.: *Dramaturgia festiva*, pp. 169-202, p. 171.

13. Para la arquitectura de Valladolid véase BUSTAMANTE GARCÍA, A.: *La Arquitectura clasicista del foco Vallisoletano (1561-1640)*. Valladolid, 1983.

solemnemente el 9 de febrero. Durante los años 1601-1607 Lerma gastó 138.575 ducados en la reconstrucción de la iglesia de San Pablo y en la década siguiente 9.965 ducados más, alcanzando el capital total invertido en la iglesia los 148.540 ducados. En la nueva fachada del monasterio hizo colocar una inscripción –en castellano y latín– que expresaba las razones por las que había adquirido el templo (ver imágenes 1. y 2.):

«Don Francisco Gómez de Sandoval y Rojas Duque de Lerma y Marqués de Denia y de Zea, del Consejo de Estado del Rei Católico Don Phelipe III Nuestro Señor, Su Cavallerizo Mayor y Sumiller de Corps, Comendador Mayor de Castilla, y la Duquesa Doña Catalina de la Cerda, su muger, considerando con devido agradecimiento los grandes bienes que de la divina mano an reçivido y acordándose en vida de la muerte a honra y Gloria de Dios y del Apóstol San Pablo dotaron este monasterio de grandes rentas y le adornaron de joyas y le edificaron y en él por estar sin patrón adquirieron derecho de patronazgo perpetuo para sí y los sucesores de su casa y mayorazgo y le eligieron por entierro principal suyo y de sus descendientes.

A VI de Diziembre MDC Años»¹⁴.

La inscripción, que todavía puede verse en la fachada de San Pablo, nos da las razones por las que la corte del rey de España se trasladó a Valladolid en 1601.

La poderosa posición que Lerma ocupaba en la corte le permitiría tomar la iniciativa y reforzar su autoridad precisamente en el momento en que la reina Margarita había al fin conseguido dar a luz a su primer hijo varón. A las pocas horas del parto ya había escrito, en nombre de Felipe III, a los dignatarios cuyo rango les hacía merecedores de recibir una notificación personal del rey en España, a los obispos, los grandes y los presidentes de los consejos; en el exterior, al cónclave de cardenales (que a la sazón estaban reunidos para elegir al sucesor del papa Clemente VIII); al emperador Rodolfo II; a la hermanastra del rey, la archiduquesa Isabel Clara Eugenia y a su esposo el archiduque Alberto, gobernadores

14. Transcripción modernizada. La original dice así: «D[on] Franc[is]co Gómez d[e] Sa[n]doval y Rojas Dv[que] de Lerma y Marqu[és] de Denia y de Zea del Co[n]sejo de Est[ado] del Rei Catól[ico] D[on] Phelipe III N[uestro] S[eñor] Sv Cavallerizo May[or] y Svmiller d[e] Corps Come[n]dador May[or] de Cast[illa] y la Dvq[ue]sa D[ña] Catal[ina] de la Cerda sv mvger co[n]sid[e]ra[n]do co[n] d[e]vido agrad[e]scim[iento] los gra[n]d[e]s bienes q[ue] de la divina mano an recibido y acordá[n]dose e[n] vida d[e] la muerte a honra y gloria d[e] Dios y d[e]l Apost[o]l S[a]n Pablo dotaro[n] es[t]e monast[er]io d[e] gra[n]d[e]s re[n]tas y le adornaro[n] d[e] joyas y [le] edifi[caron] y en él por estar sin patron adqviriero[n] d[e]recho de patronazgo perpetvo para si y los svcesores de sv casa y mayorazgo y le eligiero[n] por e[n]tierro principal svyo y de sv[s] descendientes. A VI de Diziembre MDC Años».

de los Países Bajos; y a la archiduquesa María, madre de la reina. El envío de esas cartas fue un gesto de exquisitez –y de gran resonancia– del duque de Lerma que así mostraba claramente su importancia en la corte y la íntima familiaridad que tenía con la pareja real.

Desde el comienzo de su valimiento, nada más subir al trono Felipe III el 13 de septiembre de 1598, Lerma se había mostrado muy cauto tanto a la hora de disimular su poder como de exhibirlo en público, siempre preocupado por no atraer ningún tipo de hostilidad en la corte ni por parecer un súbdito advenedizo. Pero tras esta prudencia inicial, con motivo de las celebraciones de 1605, instintivamente comenzó a alardear públicamente de su autoridad, tomando conscientemente la dirección de todas las ceremonias y festejos, mostrándose sin tapujos como el íntimo consejero del rey y quien, *de facto*, controlaba la corte. En este sentido la muestra más visible de su determinación de convertirse en el centro de aquellas fiestas fue su decisión de persuadir al rey para que accediera a bautizar al príncipe en su propia iglesia –monasterio de San Pablo en lugar de en la catedral de Valladolid o en el palacio real–¹⁵.

Lerma no se limitó a una exhibición personal de su poder. Resultaba fundamental para el funcionamiento del sistema de valimiento que estaba decidido a establecer que su familia apareciera como la más grande de España, sin parangón con ninguna otra. Para ello se aseguró de que sus parientes, tanto los consanguíneos como los políticos, ocuparan una posición central junto a él. No se trataba de meros gestos de vanidad. Lo que Lerma pretendía con todo aquello era capacitar a su familia para ejercer el poder y la autoridad que habían alcanzado no sólo durante el reinado de Felipe III sino también durante el de su sucesor. La conducta de Lerma durante los festejos por el nacimiento y bautismo del príncipe nos ilustra muy elocuentemente acerca de las ambiciones que albergaba de hacer del valimiento una institución hereditaria. Se explica así por qué el bautizo se celebró en su ciudad y en su iglesia.

El nacimiento de Felipe IV también presagió el comienzo de una nueva era en las relaciones diplomáticas del occidente europeo. De la misma manera que el siglo XVI acababa, «las guerras de Felipe II» también llegaban a su final. Al mismo tiempo –y mientras los viejos monarcas iban desapareciendo– una nueva generación llegaba al poder. Las familias que fueron formando los nuevos y jóvenes soberanos propiciaron un cambio en las relaciones entre los distintos reinos europeos en las que, por un breve espacio de tiempo, la diplomacia pareció sustituir a la guerra como el principio fundamental sobre el que aquéllas se basaban. España

15. Además al príncipe se le impondría como segundo nombre el de Domingo, para mayor honra del templo dominico del duque de Lerma en el que iba a ser bautizado. Para más detalles sobre el bautizo y los nombres de Felipe IV, véase p. 41.

iba a ocupar una posición destacada en este nuevo escenario. Así, por ejemplo, en 1605 Enrique IV de Francia ya tenía dos hijos y Jacobo I tres¹⁶. Sin embargo, Felipe III y la reina Margarita resultaron ser no sólo los más fecundos de entre los soberanos reinantes sino la pareja más fértil de la historia de la Casa de Austria en España: a Ana (1601) y Felipe (1605) siguieron cuatro niños que alcanzarían la edad adulta –María (1606), Carlos (1607), Fernando (1609) y Margarita (1610)–, a los que habría que añadir María (1603) y Alfonso (1611-1612) que murieron en la infancia. De esta manera, a partir de 1605, Felipe III y sus ministros estuvieron en condiciones de desarrollar una serie de iniciativas diplomáticas en las que los infantes reales serían utilizados como simples peones del gran mercado matrimonial que se estaba reabriendo en Europa occidental. Significativamente el conde de Nottingham trajo consigo la primera propuesta que se hacía en medio siglo para la celebración de un matrimonio anglo-español. Fue precisamente en un huerto del complejo palatino que poseía el duque de Lerma a orillas del Pisuega donde Howard sugirió que los que hasta hacía poco habían sido enemigos se unieran mediante una alianza matrimonial. Felipe III tenía muy poco interés en semejante matrimonio, pero Lerma fue lo suficientemente sagaz como para aconsejarle que se mostrara favorable a la proposición. De esta manera, y durante casi veinte años –hasta 1623–, Jacobo I se engañó con la perspectiva de casar a uno de sus hijos con una infanta española, incluso cuando en el fondo no albergara grandes esperanzas de ver cumplida tal ambición¹⁷. España había perdido la guerra pero ganaría la paz al convertirse en el centro del nuevo mercado matrimonial de la realeza europea.

* * *

Una prueba de lo irresponsable que había sido la decisión de trasladar la corte a Valladolid la constituía el hecho de que, mientras el valido contaba con un espléndido palacio en la ciudad, el rey carecía de una residencia apropiada. Una vez instalado en su nueva capital, el rey fue dando cada vez mayores muestras de ansiedad ante el hecho de no contar con un palacio que pudiera considerar suyo. El mismo Lerma se dio cuenta del dilema en el que se encontraba el rey y comenzó a albergar dudas acerca de si Felipe III estaría preparado para permanecer en la ciudad careciendo de un palacio propio. Sus temores le ayudaron a

16. Los hijos de Enrique IV fueron Luis (nacido en 1601) e Isabel (nacida en 1602), y los de Jacobo I Enrique (1594), Isabel (1596) y Carlos (1600). En 1615 Luis e Isabel de Borbón se casaron con Ana y con Felipe de Austria.

17. Sobre la historia de este proyecto matrimonial véase el excelente REDWORTH, G.: *El Príncipe y la Infanta: una boda real frustrada*. Madrid, 2004.

idear una ingeniosa solución; el 11 de diciembre de 1611 –casi un año después de haberlo comprado– vendió al rey la residencia conocida como palacio Camarasa. Naturalmente Lerma obtuvo pingües beneficios con la operación; alegando que en el año transcurrido desde su adquisición había gastado unos 100.000 ducados en obras de mejora, le cobró al rey 186.393 ducados. Felipe III accedió gustoso a aquel trato y concedió a Lerma la alcaldía perpetua del palacio, lo que significaba en la práctica que el valido seguiría controlando el palacio del rey aunque ya no le perteneciera.

Pero aquello no fue todo. Felipe III dio licencia a Lerma para que comprara un ruinoso palacio a orillas del Pisuerga conocido como la Casa de la Ribera. Lerma pagó por él y sus extensas tierras tan sólo 3.000 ducados; pero invirtió inmediatamente otros 80.708 ducados en convertirlo en una moderna –y elegante– finca ribereña. En sus tierras plantó jardines y huertas e hizo mejoras en la plaza para que pudiera servir de escenario para representaciones teatrales y otros espectáculos –incluyendo corridas de toros, a las que era muy aficionado–. Así, mientras mantenía el control efectivo sobre el funcionamiento del palacio real, ahora también poseía su propia residencia ribereña que servía como palacio de recreo, extremadamente elegante, y que contaba con extensas tierras y todas las facilidades que ofrecía la cercanía del río. En 1605 las mejoras en la Casa de la Ribera estaban lo suficientemente avanzadas como para suponer un centro alternativo para los entretenimientos de la corte¹⁸.

Afortunadamente la imagen que mejor define al duque de Lerma es exactamente de esta época. En 1603 Pedro Pablo Rubens llegó a la corte en calidad de embajador del duque de Mantua. Por entonces su trabajo no era conocido en España, pero el retrato que hizo de Felipe III causó una impresión tan favorable en Lerma que éste decidió encargarle su propio retrato ecuestre montando un magnífico y blanco semental napolitano considerado –¡como no podía ser de otra manera!– el mejor caballo de España. No dejaba el duque de correr un cierto riesgo con aquel encargo puesto que el ecuestre era un género de retrato tradicionalmente reservado a los reyes. Pero Lerma no pudo resistirse y el retrato (que hoy se conserva en el Museo del Prado) fue un éxito clamoroso. Es, con diferencia, la imagen más impresionante de Lerma. En 1603 el valido cumplió

18. Para un análisis de la forma en que Lerma ejerció su poder en Valladolid, véase WILLIAMS, P.: *The great favourite*, sobre todo el capítulo IV, «The court in Valladolid 1601-1606. The years of the golden keys». A Javier Pérez Gil se deben dos detallados estudios sobre los palacios reales de Valladolid. PÉREZ GIL, J.: *El palacio de la Ribera. Recreo y boato en el Valladolid cortesano*. Valladolid, 2002 y *El Palacio Real de Valladolid Sede de la Corte de Felipe III (1601-1606)*. Valladolid, 2006; ambos trabajos han contribuido a aclarar los pormenores de las transacciones que entre ellos hicieron Felipe III y Lerma.

cincuenta años y el retrato pudo haber sido encargado para celebrar tanto el señalado aniversario como los dos importantes cargos que ostentaba en la corte. Había sido caballerizo mayor del rey desde finales del reinado de Felipe II, posición sobre la que había asentado la base de su poder. En tanto que caballerizo mayor, Lerma era el responsable de la organización de los viajes reales y de acompañar al soberano en todas sus apariciones públicas tanto en su mismo coche como a caballo. El retrato de Rubens subraya sutilmente las espuelas en los talones de Lerma que simbolizaban su condición de caballerizo mayor. Casualmente sólo unas semanas después de la llegada de Rubens a Valladolid Lerma fue nombrado capitán general de la caballería de España, cargo que carecía de ningún significado real aparte de conferir a Lerma el mayor rango como soldado y como comandante militar –y de reportarle unas rentas anuales de 12.000 ducados–. Al parecer uno de los primeros impulsos que le llevaron a encargar su retrato fue el de celebrar dicho nombramiento. Pero fueran cuales fueran sus verdaderas razones, es evidente que estaba decidido a sacar partido de su gran semental en los festejos de 1605 con la intención de ostentar públicamente sus cargos militares y cortesanos que lo situaban en el centro del círculo de poder cortesano y político¹⁹.

El 21 de abril Lerma llevó a Felipe III a su pabellón de caza de Ventosilla, a cuarenta kilómetros de Valladolid, donde permanecieron nueve días. Sin duda fue durante aquellas jornadas en las que acordaron el programa preliminar del bautizo real y de los correspondientes festejos. Pero pese a sus esfuerzos, el programa sufrió modificaciones una y otra vez, y con cada cambio las fiestas se convertían en un espectáculo más caro y de mayor envergadura. La primera dificultad con la que se toparon Felipe III y Lerma fue que el palacio real carecía de una galería de las dimensiones y grandeza que iban a requerir los festejos. Para salvar dicho obstáculo Felipe III ordenó el derribo de muros y la apertura de puertas y ventanas para construir un salón lo suficientemente grande como para poder albergar, por una parte, espectáculos organizados a las mayores escalas posibles y, por la otra, para facilitar la entrada y salida de un gran número de personas. Pese a que las obras se realizaron con la mayor urgencia, el nuevo salón no estuvo listo hasta finales de mayo; para entonces era lo suficientemente grande como para que en él se pudiera representar las más sofisticadas obras de teatro y dar cabida a tres mil personas²⁰.

* * *

19. «[...] un gran caballo napolitano, que, como se pone bien y tiene presencia y talle de gran señor, no le faltó nada para hacer suficiente demostración y representación de tan gran cargo», *Relación de lo sucedido en la ciudad de Valladolid*. p. 42.

20. «Porque, no obstante que el Palacio Real de Valladolid tiene muy grandes comodidades, faltaba en él una sala tan capaz como requieren los saraos reales, que se representan con gran pompa

El conde de Nottingham embarcó en el *George*, en Dover, el 7 de abril, pero el mal tiempo y las dificultades derivadas de cargar los siete barcos que formaban su flota retrasaron su partida hasta el día 15. El viaje resultó ser un portento de caótico desgobierno. Por razones que no están nada claras, Nottingham tenía previsto desembarcar en A Coruña en lugar de en Santander, desde donde podría haber seguido su viaje a Valladolid por tierra con relativa comodidad. Por esta razón había mandado con antelación su equipaje personal a A Coruña. A los cuatro días de haber comenzado su viaje supo, por un barco inglés procedente de Bayona, que el rey de España había tenido un hijo varón. A partir de ese momento su misión adquiriría aún mayor importancia pues consistiría en dar la enhorabuena a Felipe III, en nombre de Jacobo I, por el nacimiento de su heredero. Entonces Nottingham decidió que desembarcaría en Santander y mandó al capitán Morgan que se adelantara a la flota y se dirigiera a A Coruña para recoger sus pertenencias y llevárselas a Santander. Desgraciadamente Morgan hizo tan desafortunadas maniobras contra el sentido de los vientos prevalentes que Nottingham le adelantó. Ante esto, y con la mayor relucencia, el conde decidió desembarcar en A Coruña, recoger su equipaje y seguir por tierra hasta Valladolid; evidentemente no tenía ni idea de las dificultades que suponían un viaje terrestre entre A Coruña y Valladolid –ni tan siquiera de la enorme distancia que separaba ambas ciudades–. Llegó a A Coruña el 24 de abril. La llegada de los ingleses tomó completamente por sorpresa al gobernador de Galicia (don Luis de Carrillo de Toledo, marqués de Caracena) pese a lo cual logró saludar a la flota *most royally* –con saludos primero de veinte y después

y majestad, y adonde concurre la mayor nobleza y gran número della, el Rey, nuestro señor, con su ánimo generoso, considerando que en las casas del Conde de Miranda, que se agregaron á Palacio, había bastante disposición para fabricar una sala como se deseaba, mandó á sus arquitectos que lo mirasen, y hallando que surtía bien su desígnio, sacasen la planta; y vista, contentando á su Majestad, mandó que luego se pusiese en efeto; y porque como se iba labrando, se iba conociendo que la obra salía bien, porque no todas las veces suceden las cosas en efeto como parece en los modelos y trazas, ordenó su Majestad que se metiese gente y se diese mucha priesa en la fábrica, la cual se hizo con tanta brevedad, que las objeciones que á esto se ponían, se convirtieron en alabanzas, pues la fábrica ha sido de las mejores del mundo, porque de longitud tiene ciento y cincuenta pies de vara castellana, y el tercio de latitud, y el atitud (sc., «altitud») tiene la necesaria proporción, conforme á las reglas de arquitectura; la claridad que tiene es maravillosa, y el techo está pintado de excelente mano, con una traza muy desimulada para poder abrir algunos espacios dél, para que, como los saraos son de noche, y en tan gran pieza necesariamente ha de haber muchas limbres, el humo tenga respiración sin que ofenda. Tiene en torno un corredor, en el cual se hace una hermosa galería, y más abajo mucho ventanaje en aposentos y apartamentos, con escaleras secretas y muchas puertas en convenientes lugares por donde con la escalera se comunica la fábrica con artificiosa correspondencia, de manera que viene á ser á modo de teatro». *Relación de lo sucedido en la ciudad de Valladolid...*, pp. 96-97; para más detalles descriptivos véase p. 98.

de veintiséis cañonazos— a lo que Nottingham respondió disparando todos sus cañones. El martes 26 de abril el conde permitió desembarcar a sus hombres²¹.

La delegación de bienvenida que se había enviado desde la corte emprendió frenéticamente el camino de Santander a A Coruña, donde llegó un día después del desembarco de Nottingham; la encabezaban don Blasco de Aragón (que había estado al servicio del condestable de Castilla en Londres en 1604) y don Gaspar de Bullón, aposentador del palacio real. Preocupados ante la perspectiva de un viaje por tierra hasta Valladolid, quedaron horrorizados al darse cuenta de que la delegación inglesa estaba compuesta por no menos de 650 hombres. Como insistentemente le explicaron a Nottingham, no contaban con los medios necesarios para transportar a una comitiva tan numerosa a través de las montañas de Valladolid —no habían traído consigo más que cuatro coches— y le advirtieron claramente de que, a causa de la dureza de las tierras por las que iban a tener que pasar, difícilmente encontraría el alimento y los alojamientos necesarios para tantas personas. Pero el conde estaba decidido a viajar a la corte con todo su espléndido acompañamiento —su cortejo personal estaba compuesto por no menos de 128 sirvientes— y consideró que tan sólo podría prescindir de los servicios de unos cincuenta hombres²². Con la profunda inquietud que le causaba la perspectiva de aquel viaje, don Blasco salió de A Coruña al frente de la delegación inglesa el viernes 13 de mayo en dirección a las montañas de Galicia.

El viaje a Valladolid resultó ser tan duro como Aragón y Boullón habían predicho; tan sólo en la ciudad de Benavente les ofrecieron una bienvenida adecuada y, finalmente, llegaron tambaleantes a Simancas, la última parada antes de llegar a la capital, el martes 24 de mayo. Allí permanecieron hasta que el rey estuvo preparado para recibirles. El jueves 26 el marqués de Camarasa y Blasco de Aragón les condujeron hasta la capital, a cuya entrada se detuvieron para encontrarse con la comitiva de bienvenida encabezada por el condestable de Castilla y que estaba compuesta por no menos de cinco duques y más de veinte titulados, entre ellos el temible don Francisco Arias de Bobadilla, IV conde de Puñonrostro, que había comandado a los soldados españoles que participaron en la Armada de 1588. La delegación inglesa causó una buena impresión; un español la describió como «uno de los mejores espectáculos que se han visto en esta gran corte»²³. Desgraciadamente cuando ambas delegaciones se disponían a exhibir sus extravagantes galas se abrieron los cielos y cayó un chaparrón torrencial; apenas

21. Para el viaje de los ingleses véase TRESSWELL, R.: *Op. cit.*, que nos proporciona un detallado y muy interesante relato del viaje desde Londres a Valladolid.

22. Tresswell dejó constancia del hecho de que Nottingham trajo, en su cortejo personal, a seis trompeteros, seis lacayos, seis pajes, treinta caballeros y ochenta vasallos. *Idem*, pp. 536-538.

23. *Relación de lo sucedido en la ciudad de Valladolid...*, p. 38.

había llovido en Castilla la Vieja durante los últimos siete meses, pero ahora, mientras la comitiva inglesa avanzaba con dificultad hacia Valladolid, estallaba una tormenta ensordecedora. Pero la lluvia no detuvo a los habitantes de la capital y «un número infinito» saludó a los visitantes. Todo el mundo hizo lo que pudo para hacer de aquella entrada en Valladolid una ocasión memorable, pero dadas las circunstancias aquello fue un episodio más heroico que impresionante. La lluvia continuó arreciando –«una lluvia tan grande, recia é importuna»²⁴– y todo el mundo se apresuró a refugiarse en sus aposentos de la mejor manera que pudo²⁵.

Aquella tarde varios nobles honraron a Nottingham con su visita y al día siguiente (el viernes 27 de mayo) los dos máximos dignatarios de la corte española –Lerma, en calidad de caballero mayor, y el marqués de Velada, en tanto que mayordomo mayor– encabezaron una delegación de nobles que fueron a dar oficialmente la bienvenida a la corte al conde. Lerma, montando su magnífico semental, aprovechando las prerrogativas que le conferían su cargo de caballero

24. *Idem*, p. 40.

25. Tresswell no dejó de describir la lluvia que cayó al llegar la delegación inglesa a Valladolid. «His Lordship (sc. Nottingham) setting forward in very good order, accompanied with a great multitude of nobles, knights and gentlemen [...], the weather being all that time extraordinarily hot, suddenly to the great disordering of all the company, there fell so great a shower of rain as the like was not seen of long time before, and continuing till the company could get to the town; notwithstanding which, his Lordship kept still on horseback, accompanied with many of the chief of the company, and riding forward to his appointed lodging, which was in a very fair house of the conde of Salinas, and not far from the Court; an infinite number of people, eight-hundred coaches, filled with ladies, were gotten out of the town to meet and see his Lordship and his company, all which took part of this great shower, to their no little discomfort», («Su Señoría [Nottingham] se adelantó con toda compostura, acompañado de gran multitud de nobles, caballeros y señores [...], el tiempo, que había sido extraordinariamente caluroso, de repente cambió y cayó un aguacero como no se había visto en mucho tiempo, que causó un gran desorden y les siguió en su entrada en la ciudad. Pese a tales inconvenientes Su Señoría no desmontó y, en compañía de los más principales señores que le acompañaban, se encaminó hacia el aposento que se había dispuesto para él en una casa muy buena que pertenecía al conde de Salinas, no muy lejos de donde se encontraba la Corte; un número infinito de personas y ochocientos coches, abarrotados de damas, habían salido de la ciudad para ver a Su Señoría y a sus acompañantes. Todos ellos, con no poco desagrado, quedaron empapados»). TRESSWELL, R.: *Op. cit.*, p. 550. Cornwallis observó cómo el mal tiempo acabó con las esperanzas que habían albergado los ingleses de hacer una memorable entrada en la ciudad: «[...] yet such was the Vehemencie of the Raine, as his Excellency's Traine was enforced to enter into the Cittie in greate Disorder, some in Coaches, and others to escape the Extreimity of the Weather, brake the Ranks and galloped; so as the Shewe of the Trayne, which was intended to have been performed in the best Sorte, and which the King and Queen in Person, in Places appointed for the purpose atended to beehould, proved not answerable to Expectation». («[...] fue tal la vehemencia de la lluvia que obligó al séquito de Su Excelencia a entrar en la ciudad con gran desorden, algunos en coches, otros, intentando escapar de los excesos del cielo, echando a correr sin importarles su rango; de tal manera que el espectáculo ofrecido por el séquito inglés, que se había estado procurando por todos los medios que fuera el mejor posible, y que el rey y la reina esperaban ver en persona desde los lugares designados a tal efecto, no estuvo a la altura de las expectativas»). CORNWALLIS, C.: *Op. cit.*, p. 68.

mayor, vistió a los miembros de su cortejo con nuevas y espléndidas libreas, las mismas que vestían los servidores del rey (y que se decía que habían costado 120.000 ducados). A Nottingham no pudieron quedarle dudas acerca de la preeminencia de la que gozaba Lerma en la corte y debió de comprender que a través de Lerma debería negociar los principales asuntos de su embajada²⁶.

El sábado 28 de mayo recogió a Nottingham para conducirlo a su audiencia con el rey. El condestable era, por razones políticas y familiares, encarnizado enemigo de Lerma, pero no podía negársele el privilegio de representar el papel principal en aquella recepción ya que, al llevar a Nottingham ante la corte, estaba actuando con la reciprocidad con la que debía corresponder a la hospitalidad con la que había sido recibido en Londres en 1604²⁷. La delegación inglesa pudo no haber estado al tanto de las rivalidades existentes en el seno de la corte española pero, sin duda, no pudo dejar de quedar impresionada –tal vez atemorizada– al descubrir que Felipe III contaba con la protección de trescientos hombres procedentes de las Guardas españolas, suizas y alemanas, todos ellos radiantes con sus nuevas libreas. Nobles muy principales les esperaban a las puertas de palacio y ofrecieron una guarda de honor a la delegación inglesa.

Por supuesto fue Lerma quien presentó a Nottingham ante el rey²⁸. Después de la presentación de la carta de Jacobo I y de una breve y formal conversación

26. «[...] llegó el Duque de Lerma, caballero mayor de su Majestad, con sus pajes y lacayos vestidos de la misma librea, que es preeminencia de su oficio, y poniéndose á caballo, pasaron primero sus lacayos y luego los del Rey, y rodeado de todos los oficiales que no visten librea, le seguían detrás los menestres, trompetas y atabales, cocheros y todos los mozos, y con este real acompañamiento dió una vuelta por la ciudad», *Relación de lo sucedido en la ciudad de Valladolid...*, pp. 41-42.

27. El condestable se oponía a la paz convencido como estaba de que la grandeza de España debía mantenerse, al igual que se había ganado, en el campo de batalla. Había también razones familiares que explicaban su hostilidad hacia Lerma; en 1599 su hermana, Juana de Velasco, duquesa de Gandía, en una de las características demostraciones de poder de Lerma, había perdido su cargo de camarera mayor de la reina en favor de la duquesa de Lemos, hermana del valido. El condestable también se había visto privado de una de las dignidades que habían pertenecido a su familia durante generaciones, la de copero mayor, por culpa de la insistencia de Lerma en ser él quien sostuviera la copa del rey en las comidas reales. En 1603 el condestable estuvo implicado en la conspiración que había liderado la marquesa del Valle, Magdalena de Guzmán, contra Lerma. El complot fue descubierto y el condestable fue enviado a Bruselas y a Londres. Tuvo que hacer primero alto en Bruselas para reformar el ejército de Flandes y seguir después hacia Londres para firmar el tratado de paz. Ambas misiones no podían ser más humillantes para el condestable, sobre todo si tenemos en cuenta que había sido el miembro de la élite militar castellana que con más fuerza se había opuesto a la delegación de la dirección de la guerra de los Países Bajos en favor de los archiduques. Véase WILLIAMS, P.: *The great favourite*, pp. 92-93.

28. «We found his Majestie in his Gallerie *standing upright* against a little Table in the midst of the same, accompanied with the Duke of *Lerma*» («Encontramos a Su Magestad en su galería *en pie, muy recto*, junto a una pequeña mesa en mitad de la estancia acompañado del duque de *Lerma*»). Lerma presentó tanto a Nottingham como a Cornwallis al rey. CORNWALLIS, C.: *Op. cit.*, pp. 68-69.

—mantenida por Nottingham a través de su intérprete Giles Porter— el rey descendió de su trono y dio cálidamente la bienvenida al embajador, invitándole a tomar asiento junto a él. Los ingleses se dieron cuenta del gran honor que se les hacía ya que, como observó Tresswell, el honor que Felipe III hacía a Nottingham no lo había recibido antes ningún embajador en la corte española²⁹. El conde y su delegación comprendieron lo mucho que el rey valoraba la paz con Inglaterra.

Al partir, Nottingham preguntó al rey si sus caballeros podían besarle la mano; Felipe III accedió y todos los ingleses fueron arrodillándose ante él, y el rey, de nuevo, los fue levantando pasándoles sus brazos alrededor de los hombros. También se concedió al almirante el honor de ser conducido ante la reina; una vez más fue recibido con las mayores muestras de cortesía y todos sus hombres fueron presentados a la reina, el borde de cuya falda besaron.

Hacía tiempo que se había decidido celebrar el Capítulo General de los dominicos de la provincia de Castilla en San Pablo el domingo de Pentecostés. Se acordó que el Capítulo, que suponía un importante acontecimiento, en el que tomaron parte seiscientos frailes, se celebrara —probablemente porque Lerma era el patrono de los dominicos castellanos— la mañana del día en que por la tarde iba a tener lugar el bautizo. Felipe III, que había accedido a inaugurar el Capítulo, acudió a San Pablo en procesión, acompañado por el deslumbrante cortejo que formaban sus más conspicuos nobles. El conde de Nottingham aceptó la invitación para ver la procesión desde una ventana de sus aposentos en el palacio del conde de Salinas, adyacente a San Pablo, lo que le permitió intercambiar graciosamente un saludo con el rey³⁰.

Las ceremonias del bautizo del príncipe comenzaron a las cinco de la tarde. Para la ocasión Lerma había mandado construir un pasadizo a través de la plaza de San Pablo desde el palacio real hasta la iglesia. Seiscientos hombres habían estado trabajando día y noche en aquella obra para tenerla lista a tiempo:

...y para el bautismo comenzaron á hazer ahora una galeria alrededor ó pasadizo para ir del palacio á la iglesia de San Pablo, que está de frente y tiene la

29. Cornwallis observó como Nottingham «was verey graciously entertained» («fue recibido muy graciosamente») por el rey y la reina, mientras que Tresswell anotó que Felipe III se puso en pie y «gave entertainment to his Lordship with most kind and affable behaviour, appointing him to sit down by him, and that very near; which especial favour was much observed and reported as a thing never used to any ambassador before that time» («recibió a Su Señoría con las mayores muestras de amabilidad y afabilidad, invitándole a sentarse junto a él, muy cerca, lo cual se consideró un favor muy especial que jamás se había otorgado antes a ningún embajador»), *Idem*, pp. 68-69 y TRESSWELL, R.: *Op. cit.*, p. 552.

30. «Lo sucedido en la procesión del Capítulo general de la Orden de Santo Domingo», en *Relación de lo sucedido en la ciudad de Valladolid...*, pp. 45-49.

más hermosa fachada que hay en la ciudad; y hácese esta galería con la misma correspondencia de ventanas, vidrieras y labores que tiene el frontis de palacio, con lo que queda la plaza muy hermosa, y trabajan en la obra 600 hombres de día y de noche; y después de provista con la Madera que pareció necesario, se hallo que faltaban 280 carros de ella para el pasadizo y sala de los saraos, que se hacen en la misma galería, como dire³¹.

Los miembros de las casas reales y de los consejos y los demás invitados llegaron a la iglesia a través del pasadizo. Los clérigos más ancianos de España saludaron a la comitiva cuando llegó a San Pablo: Bernardo de Sandoval y Rojas, cardenal –arzobispo de Toledo y primado de España–, y el doctor Juan Bautista de Acevedo, obispo de Valladolid e inquisidor general. Entre los dos controlaban la mayoría de los resortes de poder de la Iglesia española y eran hombres de Lerma –el cardenal-arzobispo era tío abuelo del valido y el inquisidor general había sido el tutor de sus hijos–. Con ellos se encontraba el cardenal Antonio Zapata, arzobispo de Burgos, que también era una criatura de Lerma; en 1604 había recibido el capelo cardenalicio en la misma ciudad de Lerma. A las puertas de San Pablo aquellos tres hombres constituían una alegoría del control que Lerma ejercía sobre la Iglesia en España.

El principal propósito del pasadizo se hizo pronto evidente: Lerma lo recorrió llevando en brazos al príncipe, deteniéndose en cada ventana para mostrar al bebé al pueblo que les rodeaba más abajo y asegurándose de que todos los presentes le vieran y reconocieran la importancia del papel que estaba desempeñando, identificándole lo más públicamente posible con la continuidad de la Casa de Austria en España. El pueblo que les observaba rugía «¡Dios te guarde!»³². La iglesia –la iglesia de Lerma– había sido decorada con los famosos tapices que recordaban la gran victoria del emperador Carlos V en Túnez en 1535. Nottingham y sus hombres fueron discretamente situados al fondo de la iglesia para que pudieran ver la ceremonia.

31. DA VEIGA, T. P.: *Op. cit.*, p. 24. Tresswell hizo una descripción muy parecida: «There was set up, on purpose, for a more close and convenient passage, a very large scaffold adjoining to the end of a long gallery, and to the church likewise, the timber whereof was all covered with cloth of gold very rich, and the scaffold being high, was a good means to give sight to all the people» («Para facilitar el acceso se había colocado una larga plataforma, junto al final de la galería y la iglesia, cuyas maderas estaban cubiertas por muy ricos paños de oro y que era lo suficientemente alta como para que la gente pudiera ver con facilidad»). TRESSWELL, R.: *Op. cit.*, p. 553.

32. «Cuando el Duque de Lerma iba pasando por las ventanas de la galería y bajando por las escaleras, con advertencia iba alzando al Príncipe y mostrándole al pueblo, con que recibió tanto contento, que cada vez se levantaba una grandísima y alegre grita, diciendo todos á voces: ¡Dios te guarde!». *Relacion de lo sucedido en la ciudad de Valladolid...*, p. 53.

El niño fue bautizado en la misma pila en la que también lo había sido el propio Santo Domingo cerca de cuatrocientos años antes. Recibió los nombres de Felipe Domingo Victorio –por su padre (y por su abuelo)–, por la iglesia de la orden dominica, y por su padrino Víctor Amadeo de Saboya. A pocos cortesanos se les escaparía el significado de la elección del segundo nombre del príncipe heredero: el de honrar a la iglesia del duque de Lerma. De la misma manera nadie podría dudar sobre el grado de preeminencia alcanzado por el linaje de los Sandoval cuando Lerma entregó al niño a su hermana Catalina para llevarle y traerle de la pila bautismal. El propio duque de Lerma llevó en sus brazos al niño en el camino de regreso a palacio.

Sin duda todo el mundo fue consciente de que un especial esplendor había revestido aquel acontecimiento. Un testigo escribió que todos los presentes «han confesado que en el gobierno de todo, en el número de tantos príncipes, señores, títulos y caballeros, variedad de vestidos, bordados, galas y riquezas de joyas, ha sido este acto de mayor majestad y grandeza que jamás se ha visto ni puede ver en corte de ningún príncipe del mundo»³³. Ésa era exactamente la imagen que el rey y su valido querían que el mundo tuviera de aquella ocasión³⁴; una nueva corte –y un nuevo estilo de vida cortesano– había nacido.

Las ceremonias se retomaron el martes 31 de mayo con la que se llevó a cabo en Nuestra Señora de Llorente para la purificación de la reina Margarita. El rey acudió montando a caballo junto al coche de la reina. Lerma volvió a alardear de sus prerrogativas y de las de su familia; en tanto que caballero mayor, de nuevo llevó en brazos al príncipe e hizo que sus dos hermanas desempeñaran también un papel destacado. Una vez más el cortejo real fue saludado en la iglesia por el cardenal –arzobispo de Toledo–. Antes de que éste comenzara a celebrar la misa la delegación inglesa abandonó respetuosamente el templo.

Por la tarde el condestable de Castilla ofreció una comida al almirante para corresponder a la hospitalidad que había recibido en Inglaterra. Muy bien podría ser que Lerma hubiera visto en todo ello la ocasión de avergonzar al condestable pues estaba al corriente de los gravísimos aprietos económicos en los que éste se encontraba. El condestable, por su parte, hizo todo lo que pudo; y, ya fuera por fortuna o porque así se decidió, sólo setenta ingleses acudieron a la comida. En ella se despilfarró tanto como se esperaba de tan importante anfitrión; hubo más de doscientos invitados y las cuentas del número de platos servidos oscilan entre

33. *Idem*, pp. 56-57.

34. Al día siguiente, el domingo 30 de mayo, se produjo una tregua en las celebraciones. Lerma y los reyes estuvieron en la ceremonia de clausura del capítulo de los dominicos en San Pablo. Sir Charles Cornwallis presentó sus credenciales al rey y Nottingham recibió a algunos embajadores extranjeros.

1.200 y 2.000. El condestable, sin duda, observaría el apetito de sus invitados con sentimientos encontrados. Los ingleses no se dejaron impresionar demasiado. Cornwallis reconoció que la comida era «espléndida» pero cáusticamente observó que con tantos hombres y mujeres atestando las mesas «fuimos servidos, en mi opinión, sin gracia ni orden» mientras que Tresswell anotaba que «siendo tantos no pudimos recibir la satisfacción con que el condestable deseaba atendernos»³⁵. El tercer acontecimiento del día, la reunión del Almirante con Lerma y el condestable de Castilla para discutir asuntos de Estado, inauguró la agenda política; es probable que fuera entonces cuando el Almirante sacara por primera vez a colación la posibilidad de un matrimonio anglo-español.

El 2 de junio llegó la noticia de la elección de Camillo Borghese como Papa con el nombre de Paulo V. Una vez más fue Lerma quien anunció las buenas noticias y se hicieron luminarias durante tres días para celebrarlas. El 3 de junio se produjo un intercambio de regalos en un jardín propiedad de Lerma; los ingleses ofrecieron a Felipe III y a la reina tres caballos a cada uno, ballestas, escopetas de caza y algunos lebreles. La pareja real mostró su satisfacción por los regalos. Tras esta ceremonia, y mientras se realizaban los preparativos para la ratificación del tratado de paz, los ingleses se dedicaron a visitar Valladolid.

El martes 7 de junio Lerma entretuvo a Felipe III y a sus invitados ingleses en sus habitaciones del palacio real; para hacer más espléndida la ocasión decidió hacer también uso de la nueva galería. El duque se encontraba en el centro del escenario cortesano, ofreciendo una cena a sus invitados, que acabaría siendo legendaria, amenizada con la representación de una obra atribuida con casi toda certeza a Lope de Vega, *El Caballero de Illescas*³⁶. En una de las habitaciones una serie de tapices celebraban las grandes hazañas de los Sandoval en su servicio a la corona, entre las que destacaban su participación en la toma de Sevilla (1248) y la de Granada (1492). Dos duques y dos marqueses servían la mesa. Unas 210 personas se sentaron a comer en aquella ocasión en tres mesas. Se sirvieron noventa platos en tandas de doce cada vez. Tres aparadores fueron cargados con bebidas y comida. Incluso los cubiertos despertaron admiración: la «gran abundancia» de cubiertos de plata fue largamente comentada y tanto Lerma como su hijo Cristóbal, duque de Cea, hicieron saber que todo lo habían aportado ellos sin tener que pedir nada prestado³⁷. Los músicos tocaron a mayor gloria del amor que sentía Lerma tanto por la música sagrada como por la profana. Como sin duda se había pretendido que sucediera, la cena empequeñeció la que había ofrecido el

35. CORNWALLIS, C.: *Op. cit.*, p. 68 y TRESSWELL, R.: *Op. cit.*, p. 554.

36. Al nuevo embajador no le impresionó demasiado la obra, dejando escrito que era «más larga que agradable», CORNWALLIS, C.: *Op. cit.*, p. 71.

37. CABRERA DE CÓRDOBA, L.: *Op. cit.*, p. 248

condestable una semana atrás y los ingleses quedaron, ciertamente, impresionados. La comida fue espléndida en todos los sentidos:

Comenzose la comida con tantas y tan diversas viandas exquisitas y delicadas, que fué cosa maravillosa, no cesando jamás la música en son tal, que no ofendía, sino que deleitaba al Almirante y al duque. A cada uno se ponía plato entero de cada cosa, que fué mucha grandeza y los servían los caballeros de la cámara y muchos señores de título; y el Marqués de San Germán y D. Blasco de Aragón ponían las viandas en la mesa y levantaban los platos, y a los caballeros ingleses asistían otros muchos señores y caballeros, para hacerlos servir y dar de beber, porque en nada se faltase³⁸.

38. *Relación de lo sucedido en la ciudad de Valladolid...*, p 69. La reacción de los ingleses a la hospitalidad de Lerma puede ser calibrada a partir del informe de Tresswell, que constituye la más completa crónica de aquella comida: «His Lordship, and all the rest of the company, were invited to dinner to the Duke of Lerma's, where they were most honourably entertained, receiving there all contentment that might be; for, besides the plenty of his chear, the manner of the entertainment could not be bettered. At the table, his Lordship was accompanied with the Duke of Lerma, the Duke of Infantado and the Duke of Alburquerque. They were attended upon this feast by divers nobles, marquises and earls, with many knights and gentlemen of the King's privy chamber, and a few others.

And besides the several shorts of musick, during the time of dinner, his Lordship and the rest having received what could be possibly given at the table, they were carried down into a fair court(yard), paved with square Stone, in the midst whereof was a fountain of clear water : The whole courtyard was covered with canvas to defend and keep off the heat of the sun, which at that time shone extremely. In this courtyard [...] a stage (was) erected with all things fitting for a play, which his Lordship and the rest were invited to behold : the King and the Queen being in private, likewise, spectators of that interlude. To write of every particular of the duke's entertainment were too much; for he took exceeding care to perform all things with the greatest state, as well appeared in this : That, for that the kitchen was across a square court, there were set up high posts of timber, with canvas strained, to cover and defend the same, in the passage of the meat from the dresser; the ground being likewise covered with hangings of leather, that no dust should arise, whilst the service passed by. At this feast, several healths were drunk to the Kings of Great Britain and Spain, and to the happy continuance of the peace. [These were] begun by the Duke of Lerma, seconded by his Lordship, and performed by all the company at the table. Many ladies of great account came privately to see and observe his Lordship and the company as they sat at meal, well allowing and applauding the plenty and bounty used at this feast, being, indeed, such a one as the like was not seen in Spain many years before». («Su Señoría y toda su comitiva fueron invitados a cenar a casa del duque de Lerma donde fueron recibidos con toda satisfacción y disfrutaron de honrosos entretenimientos que, al margen de los muchos aplausos que suscitaron, resultaron inmejorables. Acompañaron en la mesa a Su Señoría el duque de Lerma, el duque del Infantado y el duque de Alburquerque. Durante la fiesta les atendieron varios nobles, marqueses y condes, junto con algunos caballeros y señores del servicio del rey y algunos otros. Durante la cena, aparte de disfrutar de algunas breves piezas musicales, fueron servidos con todo lo que puede ofrecerse en la mesa; fueron conducidos a un hermoso patio, pavimentado con baldosas de piedra, en cuyo centro había una fuente de agua clara. Todo el patio estaba cubierto por una tela para protegerse del calor del sol que, en aquel momento, era extraordinario. En el patio [...] se había instalado un escenario con todo lo necesario para

La ratificación del Tratado de Londres tuvo lugar al caer la tarde del 9 de junio. Al igual que se había hecho con la elección del día Pentecostés para celebrar el bautizo real, aquel día fue escogido cuidadosamente: era el día del Corpus Christi. Esta festividad siempre había tenido un especial significado en España, pero además en las últimas décadas se había convertido en la más emblemática de la Iglesia Católica de la Contrarreforma, quedando estrechamente vinculada a la devoción que la Iglesia tributa a la doctrina de la transubstanciación que constituye la parte central de la Misa. Los ingleses estaban asombrados ante el hecho de que las celebraciones seculares tomaran la forma de fiestas populares en las que lo sagrado y lo profano se confundían³⁹. Las celebraciones comenzaron con una anárquica y ruidosa procesión que combinaba la cultura popular, la eclesiástica y la cortesana; Tresswell anotó que había sido concebida para involucrar al pueblo en las celebraciones. El ambiente era refrescantemente vulgar y populista y los ingleses de nuevo se quedaron perplejos por los equilibrios que en este sentido eran capaces de hacer sus anfitriones en una ocasión tan solemne⁴⁰.

representar la obra que invitaron a ver a Su Señoría y a sus acompañantes. El rey y la reina, en privado, también vieron el entreacto. Sería demasiado prolijo escribir sobre todos los detalles de las diversiones planeadas por el duque ya que puso gran cuidado en que todo se llevara a cabo con la mayor sofisticación posible, como se entenderá por el siguiente ejemplo: la cocina se encontraba en una esquina del patio y, para proteger el paso de la comida hasta las mesas, se habían instalado unas telas en varios postes para evitar que le diera el sol y, además, se había cubierto el suelo con piezas de cuero para que no se levantara polvo. Durante el festín se brindó por los reyes de Gran Bretaña y España y por la duración de la paz entre ambos. El primero en brindar fue el duque de Lerma, a quien secundó Su Señoría, a los que enseguida se unieron en resto de los presentes. Varias damas de gran alcurnia acudieron en privado para poder observar a Su Señoría y a su séquito sentados a la mesa aplaudiendo la abundancia y magnificencia de aquel banquete pues, de hecho, hacía muchos años que no se había visto nada igual en España». TRESSWELL, R.: *Op. cit.*, pp. 555-556. De la misma opinión fue Pinheiro da Veiga: «Dio el duque un banquete esplendísimo a los ingleses, que se afirma fue de los más notables y de más ostentación que hace mucho tiempo se dio [...]», DA VEIGA, T. P.: *Op. cit.*, pp. 117-118.

39. CORNWALLIS, C.: *Op. cit.*, pp. 71-72.

40. «First came eight great giants, three men, three women, and two Moors, with a taber and pipe playing. Then followed certain pilgrims clad in blue. After whom came many crosses, being in number twenty-five, or twenty-six, borne and attended by the officers of the several churches to which they belonged. Amongst whom were also mingled divers pictures of saints; as St. John, St. George killing the dragon, St. Michael, St. Francis, St. Andrew, St. Dominick, St. Martin, the picture of Christ in several forms, Mary Magdalen, and our Lady in divers fashions also. Many holy and precious relicks, friars, morrice-dancers, in manner of gypsies, beasts with fireworks, wild men, and such like toys, as it should seem to draw the people more readily with admiration. After these followed divers other church relicks. Many churchmen with lighted tapers in their hands; the King's pages bearing torches : then the sacraments borne by four churchmen in rich copes; then the lords and grandees of Spain : then followed the King, bearing a lighted taper of virgin wax; after whom followed the cardinal (sc. of Toledo), the Emperor's ambassador, the French ambassador, and the Venetian ambassador; the Prince of Savoy, the Prince of Morocco, and others, all bearing their tapers lighted in their hands». («Iban en primer lugar ocho gigantes, tres hombres, tres mujeres y dos moros,

La ratificación de la paz fue, sin embargo, un acto de estado que revistió mayor formalidad. Tuvo lugar en el gran salón del palacio real donde se colgaron las banderas triunfales procedentes de la victoria de Túnez⁴¹. Naturalmente Lerma desempeñó el papel principal y se aseguró de que sus parientes y hechuras ocuparan un lugar preeminente. Como caballero mayor llevó la espada en la procesión y el encargado de dirigir la ceremonia, en la que estaban representados toda la nobleza, los estamentos y las corporaciones, fue, obviamente, el cardenal-arzobispo de Toledo. No se pudo evitar que el condestable de Castilla tuviera también un papel destacado, siendo el encargado de abrir el misal sobre el que el rey, de rodillas, juró observar los términos del tratado. Después de que el rey hubiera prestado juramento sonaron jubilosas las trompetas⁴².

Tras la ratificación el rey y su corte se concedieron sin remordimientos una semana para entregarse a las celebraciones profanas (del 10 al 16 de junio). Los

con tabardo y tocando gaitas. A continuación venían algunos peregrinos vestidos de azul, tras los que se veían hasta veinticinco o veintiséis cruces, que portaban los oficiales de las distintas iglesias a las que pertenecían. Entre las cruces iban también imágenes de varios santos como la de San Juan, la de San Jorge matando al dragón, la de San Miguel, la de San Francisco, la de San Andrés, la de Santo Domingo, la de San Martín, varios cuadros representando a Cristo en distintos momentos de su vida, de María Magdalena y también de Nuestra Señora. Se veían también preciosas reliquias, monjes, bailarinas moriscas ataviadas como gitanas, animales con fuegos artificiales, salvajes y enanos, que parecían excitar aún más la admiración del pueblo. Algunos clérigos llevaban velas encendidas y los pajes del rey antorchas. A continuación venían cuatro sacerdotes con ricas casullas portando los sacramentos; después los grandes de España, a los que seguía el rey portando una vela encendida de cera virgen. Después venía el cardenal [arzobispo de Toledo], el embajador imperial, el de Francia y el de Venecia; luego el príncipe de Saboya, el príncipe de Marruecos y otros, todos con velas encendidas». TRESSWELL, R.: *Op. cit.*, p. 556.

41. No fue hasta por la tarde cuando se anunció a los ingleses que el rey estaba listo para proceder a la ceremonia: «About which time there came to his Lordship Don Blasco de Arragon, who brought word that the King expected his Lordship's coming to the court as that day». («Sobre esa hora fue a ver a Su Señoría Don Blasco de Aragón para anunciarle que el Rey le esperaba en la corte aquel mismo día»). *Idem*, p. 556. Jacobo I se hubiera sentido muy aliviado al saber que la ratificación se había llevado a cabo por la tarde, momento en el que creía que los españoles estaban «more free from Note of Superstition» [«menos marcados por la Superstición»]. *Instructions for the Earle of Nottingham*, p. 64.

42. «[...] the Admiral requested a signed copy of the oath, to which the King replied that the Secretary Prada would deliver it. As the Admiral wished to have it at the time, the Secretary Prada wrote it out on the paper before mentioned. The King meanwhile bade the Cardinal, the Admiral, the Ambassador and the Grandees to be seated. The Secretary Prada then knelt and presented the oath in writing to the King with pen and ink and the King signed it». («[...] el Almirante solicitó una copia por escrito del juramento y el rey le aseguró que el secretario Prada le haría entrega del mismo. Como el Almirante deseaba tenerla cuanto antes el secretario Prada redactó el documento. Mientras tanto el rey mandó al cardenal, al Almirante, al embajador y a los grandes que tomaran asiento. El secretario Prada, de rodillas, presentó al rey el juramento por escrito, junto con pluma y tinta, y éste lo firmó»). *Account of the ceremony of the swearing to the Peace with England*. pp. 228- 230; Cornwallis recordó que debía insistir en que Felipe III firmará personalmente el documento. CORNWALLIS, C.: *Op. cit.*, p. 72.

festejos se inauguraron con una corrida. El 10 de junio Felipe III montó en compañía de sus caballeros junto a la hacanea de la reina yendo en procesión hasta el ayuntamiento, en la Plaza Mayor. Las damas y los caballeros del séquito real lucieron sus más espléndidas galas. La pareja real, en compañía de Nottingham y un selecto grupo de caballeros, lo vio todo desde las ventanas superiores del ayuntamiento. El turno de banderillas le costó la vida a algunos hombres. A continuación los caballeros de la corte, seguidos por sus pajes armados con estacas, exhibieron sus habilidades como rejoneadores, causando una gran impresión por su gallardía, aunque algunos caballos resultaron heridos o muertos. Fue entonces cuando se alcanzó el punto culminante de la corrida: los nobles en parejas montaron sus caballos (cuyos ojos estaban cubiertos) y actuaron como picadores, atravesando a los toros con grandes lanzas. Al final de la corrida catorce toros y un número indeterminado de hombres habían muerto⁴³.

43. Naturalmente los ingleses quedaron fascinados con la corrida de la que Tresswell dejó un pormenorizado relato: «There were that day killed fourteen bulls; the manner whereof was in this sort; First, the market-place, being very square and of a great largeness, was round built with scaffolds very strong; the ground covered very thick with sand, so that they were fain diver times to bring in many carts of water, both to allay the dust, as also to cool the reflexion of the sun upon the place, in which none were appointed to be but (those who) were designed to play the sports. The bull being turned out, they shot sticks with sharp pins and pricks, which might stick fast in his skin, thereby the more madding him; he seemed to be most valiant that durst affray the bull in the face, and escape untouched; but some escaped not well, for it cost them their lives. There was another manner of striking the bull in the face with short spears, to the which went divers lords and gentlemen very well mounted, their pages following them with diver hand-spears for that purpose; wherein many shewed good valour and struck the bull very cunningly and manly, but yet some of their gennets paid dear for it, being both hurt and killed. To this sport came two gentlemen one after another, and, as it was reported, supplying the places of champions to the King, riding on horses blinded (sc. with scarves); and so taking their stand, waiting for the coming of the bull against them, very manly, with a spear of good length and strength struck him in the head, and escaped without hurt, though not being without danger». («Aquel día se mataron catorce toros, y esto se hizo de la siguiente manera. En primer lugar se habían construido sólidas tarimas alrededor de la plaza del mercado, que era cuadrada y muy grande; el suelo estaba completamente cubierto de arena, lo que explica lo contentos que estaban cada vez que les llevaban carretas con agua que servían tanto para disipar el polvo como para refrescarse de la inclemencia de los rayos del sol que caían sobre la plaza en la que tan sólo podían estar los que iban a participar en la competición. Una vez que se suelta al toro en la plaza le atacan con unas estacas con afiladas agujas y cuchillas, lo que hace que se claven fácilmente en la piel del animal, enloqueciéndolo. Al parecer el más bravo fue uno que desafió al toro cara a cara y logró salir indemne. Aunque hubo algunos que no fueron tan afortunados y perdieron la vida. Hay otra manera de herir al toro en la cara con pequeñas lanzas, como hicieron varios señores y caballeros sobre sus cabalgaduras seguidos por sus pajes que portaban varias lanzas de mano para este propósito. Muchos mostraron su valor hiriendo muy astutamente al toro de esta manera, pero dos caballos pagaron muy cara esas hazañas al ser heridos y muertos. Acudieron a la plaza dos caballeros, el uno después del otro, y, según se dijo, lograron ocupar el puesto de campeones del rey. Montaron en sus caballos [cuyos ojos estaban cubiertos] y, una vez ocupada su posición, esperaron varonilmente a que el toro les embistiera con una lanza de considerable longitud y resistencia con le clavaron en la cabeza. Salieron ilesos aunque no sin haber estado en grave peligro»). TRESSWELL, R.: *Op. cit.*, pp 557-558.

Un ejército de tamborileros, trompeteros y músicos anunciaron a continuación el comienzo de la gran fiesta cortesana: el juego de cañas. El mismo rey iba a participar junto con los caballeros más prominentes de su corte. Se formaron cuatro cuadrillas de diez hombres cada una. Formaban parte de la del rey Lerma y sus principales parientes, entre los que destacaban su hijo, el duque de Cea, su nieto, el marqués de Bañeza, y su primo, el conde de Mayalde, que los capitaneaba. Otros poderosos señores, como el duque del Infantado, el de Frías (condestable de Castilla), el de Alba, el de Pastrana, el conde de Alba de Liste y el príncipe de Saboya iban a ser dirigidos por el segundo hijo del duque de Lerma, Diego Gómez de Sandoval. Cuando llegó el momento de que las cuadrillas salieran a la arena la del rey lo hizo en solitario, no porque fuera la real sino debido a que Lerma iba acompañado por no menos de veinticuatro sirvientes y no quedó espacio para ninguna otra cuadrilla. Una vez más Lerma hacía pública demostración de la posición única que ocupaba en la corte. Entonces hizo su aparición el corregidor con la cuadrilla de la ciudad de Valladolid seguido de la nobleza, dirigida por el condestable de Castilla. El príncipe de Saboya se hizo cargo de la que salió en último lugar. De entre todos los caballeros que se distinguieron en el juego de cañas quien los superó a todos fue, naturalmente, el rey. Por desgracia el condestable de Castilla sufrió una pequeña herida en la cabeza que le hizo perder alguna sangre y que le obligó a perderse varios días de festejos mientras se recuperaba. Aparte de este desafortunado incidente el juego de cañas fue un gran éxito. El pueblo disfrutó del espléndido espectáculo mientras los ingleses se rendían a la admiración que les inspiraba la habilidad de los jinetes.

Al día siguiente (sábado 11 de junio), las Guardas de Castilla desfilaron en el Campo Grande. Había llegado la ocasión que Lerma había estado esperando desde 1603, cuando fue nombrado capitán general de la Caballería de España, de participar en un desfile general⁴⁴. Fue una espléndida parada militar en la que tomaron parte más de 1.500 caballos ligeros, arcabuceros y *continuos*. Los miembros de los consejos se acomodaron para contemplarla y ante ellos desfiló Lerma como capitán general. Montaba su gran semental que, por supuesto, era el que había sido engualdrapado con mayor esplendor⁴⁵. Le acompañaban

44. «Muestra general que se tomó á la caballeria de las guardas de Castilla, en la puerta del Campo de Valladolid, sábado 11 de Junio», en *Relación de lo sucedido en la ciudad de Valladolid...*, pp. 88-94.

45. «Venía el duque armado en un hermoso caballo con armas riquísimas, el tonelete bordado y con muchas planchas doradas, como medallas en relieve, las cubiertas hasta el suelo, de velludo negro, chapeado de planchas de plata, algunas como un plato de mesa, y luego otras menores, labradas en relieve con armas y despojos de guerra, doradas y con muchas piedras engastadas». DA VEIGA, T. P.: *Op. cit.*, p. 77.

su hijo Cristóbal, duque de Cea, y don Juan de Mendoza, marqués de San Germán, que era teniente. Aunque los espectadores estuvieran cubiertos de polvo –y tal vez ensordecidos por el ruido– Lerma había vuelto a enfatizar sus preeminencias en la corte y su estatus como soldado y como general.

En principio se había decidido organizar un torneo de despedida en honor del Almirante el 13 de junio en la plaza de San Pablo. Sin embargo, en parte por el calor cada vez mayor y en parte porque Lerma pretendía llevarse a los reyes a Lerma para las bodas de su pariente el conde de Aguilar, se decidió desechar la idea del torneo y despedir al Almirante con una mascarada y un sarao que efectivamente tuvieron lugar el 16 de junio. La fiesta de máscaras constituyó la ocasión ideal para inaugurar oficialmente el nuevo salón del palacio real y para mostrar a los ingleses la cultura cortesana española. Una orquesta compuesta por treinta músicos que tocaban trompetas y violines acompañó a los bailarines que danzaron ataviados con símbolos del universo –el sol, un olivo, un ancla, una espada, una flor–. El primer verso de su entrada celebraba la grandeza (y superioridad) de la corte española:

La virtud generosa,
 cercada de ministros celestiales,
 y de su luz hermosa,
 para comunicarla á los mortales,
 descendió adonde baña
 Pisuerga el trono superior de España.

A continuación entraron veinticuatro pajes con antorchas y seis *meninas* en un carruaje que representaban las virtudes de la Magnanimidad, la Liberalidad, la Seguridad, la Prudencia, la Esperanza y la Paz. La infanta Ana hizo su aparición montada en un carro tirado por dos pequeños caballos a imitación de un barco en el océano; en su persona la pequeña infanta representaba las seis virtudes. Su primera aparición en una fiesta cortesana de importancia hizo las delicias de los presentes. El nacimiento de su hermano fue celebrado como si el de un nuevo Hércules se tratara:

Filipo el Cuarto vino
 á merecer, como Hércules tebano,
 aquel premio divino
 que dan los dioses al valor humano,
 que en competencia suya,
 paz y descanso público instituya.

Los versos finales predecían la grandeza que el joven príncipe, sin duda, alcanzaría:

Viva, pues, viva, viva
El Príncipe español, y todo el orbe
Súbdito le reciba;
que el sol, sin que haya dios que se lo estorbe,
como por ministerio
siempre alumbraba algún reino de su imperio.

Mediante un artificio se abrió el techo, dejando ver el firmamento, y un arco al final del salón permitió a los bailarines aparecer como si bajaran del cielo; los espejos que lo cubrían reflejaban la luz de las velas que había más abajo como si se tratara del cielo del paraíso. El rey y la reina encabezaron un grupo de veintiséis bailarines, que incluían a grandes y damas de honor. Como no podía ser de otra manera todo el mundo estuvo de acuerdo en que el rey demostró ser el más experimentado bailarín⁴⁶. Aquella fue una gran oportunidad para que las damas de la corte demostraran sus habilidades como danzarinas. Al acabar el baile de máscaras todo el mundo fingió sorpresa al descubrir que los reyes habían encabezado al grupo de bailarines y que, una vez más, el rey había demostrado sus incomparables habilidades. Tras volver a ocupar sus asientos salieron de nuevo a bailar en varias ocasiones. Llegó entonces el turno de Lerma. Dirigió el llamado «baile de la llamada» o sarao. Un hombre sacaba a bailar a dos mujeres, elegía a una y mandaba de vuelta a su asiento a la otra. Cuando le tocaba el turno al rey éste escogía a la reina y acababa el baile. Nottingham y sus oficiales veteranos disfrutaron del baile como de un favor especial del rey. Fue sin duda una fiesta agotadora en la que incluso el cardenal-arzobispo permaneció hasta las tres de la mañana, hora en la que partió para su iglesia.

Al día siguiente, 17 de junio, fueron a despedirse del rey. Una vez más Felipe III les concedió una audiencia personal que duró cuarenta y cinco minutos. En aquella ocasión tuvo también lugar un espléndido intercambio de presentes. El rey regaló a Nottingham «una pluma de oro con un diamante suspendido en el aire» valorada en 7.600 ducados, una sarta de 235 perlas valorada en 5.000 ducados, un collar de oro con diamantes (valorado en 4.339 ducados), sesenta botones con tres diamantes (3.900 ducados), una cadena de oro con diamantes (3.400 ducados), una «pequeña cesta de oro» (2.318 ducados), una taza de oro (1.349 ducados) y

46. «[...] el cual sin faltar á su real autoridad, con gracia, espíritu y proporción hizo todas las acciones y movimientos del danzar siendo, a juicio universal, el que mereció en esto el primer lugar». *Relación de lo sucedido en la ciudad de Valladolid...*, pp. 109-110.

otros obsequios. Los regalos personales para Nottingham y su esposa se valoraron en 46.734 ducados. En total los ingleses fueron agasajados con regalos cuyo precio total alcanzó los 73.466 ducados⁴⁷. Felipe III añadió seis magníficos caballos dignamente enjaezados para Jacobo I. Los nobles también hicieron regalos. El duque del Infantado dio a Nottingham dos caballos y doce espadas toledanas –las mejores de España–, cien pares de guantes y treinta piezas de cuero. El duque de Alba y los condes de Villamediana también le regalaron caballos. Cuando el brillante sobrino (y yerno) de Lerma, el conde de Lemos, entregó a Nottingham sus regalos le pidió que intercediera ante Jacobo I para que restaurara el privilegio que los Lemos tenían de recibir cada año cuatro halcones y algunos lebreles escoceses. Nottingham correspondió a todos aquellos presentes con catorce cadenas de oro y dinero para los sirvientes. El último honor que se concedió a la comitiva inglesa fue el de reunirse con la reina en sus aposentos para una breve audiencia.

La delegación inglesa partió de Valladolid el 18 de junio. El condestable viajó con ellos dos kilómetros y Gaspar de Bullón les acompañó hasta Santander. De la misma manera que Sir Charles Cornwallis había venido con Nottingham, ahora regresaba con él a Inglaterra don Pedro de Zúñiga, marqués de Floresdávila, para tomar posesión de su cargo como embajador permanente. El viaje fue lento y carente de incidentes a excepción de la noche que tuvieron que pasar en las montañas de Santander desasosegados por la certeza de no estar solos en la oscuridad y que «muchos osos, lobos y otras bestias salvajes» habitaban aquellos parajes lo que resultaba «muy preocupante». Se sintieron muy aliviados al llegar a Santander el 25 de junio pese a que la flota no estuvo lista para partir hasta el día 30. Se encontraron con muy mala mar en el golfo de Vizcaya y en el canal –el marqués de Floresdávila demostró ser un pésimo marino– antes de llegar a Portsmouth el 9 de julio. Cinco días más tarde el conde de Nottingham presentaba sus informes a Jacobo I en Windsor⁴⁸.

Las reflexiones finales de Tresswell fueron «cuan honorablemente y con cuanto respeto» Nottingham y sus compañeros «fueron recibidos y agasajados» desde el momento en que pusieron el pie en A Coruña; dejó constancia de «la alegría con que el pueblo recibió nuestra llegada» y que logró desmentir la mala reputación que los ingleses le atribuían por culpa de los clérigos y los frailes⁴⁹.

47. *A report of the gifts given to the Lord Admiral and his Company by the King of Spain*, junio de 1605, HCMSalisb., pp. 423-425.

48. TRESSWELL, R.: *Op. cit.*, pp. 562-563.

49. *Idem*, p. 566.

Cornwallis alabó los excepcionales favores que Felipe III había dispensado a Nottingham⁵⁰.

Tras la partida de la delegación inglesa de Valladolid Lerma llevó a Felipe III a sus propios estados para que descansara. En parte deliberadamente y en parte por accidente –la reina Margarita cayó gravemente enferma durante su ausencia–, estuvieron fuera de Valladolid hasta casi el mes de noviembre. Nada más haber regresado a su capital Felipe III se sintió sinceramente afligido –y avergonzado– al saber de la Conspiración de la Pólvara, del intento de un grupo de católicos ingleses de hacer volar por los aires el Parlamento con la mayoría de los hombres que habían redactado la paz de Londres o la habían ratificado en Valladolid. Le pareció profundamente ofensivo que hubiera ocurrido algo así nada más haberse firmado lo que Tresswell llamó «la bendita paz»⁵¹. Para Lerma aquel asunto tenía implicaciones más personales; había concedido audiencia a Thomas Winter y sus hombres y se había entrevistado con cierto número de conspiradores, entre ellos el propio Guy Fawkes, quien en 1603 había viajado a España en busca de apoyo⁵². El valido se apresuró a desvincularse inmediatamente –y a su rey– del intento de asesinato de Jacobo I.

La ciudad a la que regresaron Felipe III y su Casa se hallaba sometida a una intolerable tensión a causa del hacinamiento. Durante el largo y caluroso verano de 1605 habían muerto cerca de mil personas y otras tantas habían enfermado. Lerma llevaba un tiempo preocupado por las insalubres condiciones de Valladolid y desde la primavera de 1605 estaba pensando en hacer que la corte regresara a Madrid. Ahora estaba decidido a seguir adelante con esa idea. A finales de año ya se habían entablado las negociaciones para el regreso. Como eran hombres de Lerma los que negociaban en ambos bandos, muy pronto, en enero de 1606 el propio valido pudo informar a la villa de Madrid que había convencido al rey para que volviera a establecer allí su corte, cosa que sucedió en las primeras semanas de marzo. Madrid era de nuevo «corte y capital», condición que ha mantenido hasta nuestros días.

Al final las largas semanas de festejos que habían tenido lugar en Valladolid durante el verano de 1605 resultaron ser el apogeo de los años de residencia de la corte en la ciudad. Las fiestas con que se celebró el bautizo del futuro rey fueron

50. «[...] he hath in his Love and Respect to the King our Master, done more honor and Grace to my Lord Admirall, then ever he did to any of his Ymployment in this Kingdome» («[...] por el Amor y Respeto que profesaba al Rey Nuestro Señor hizo más honor y concedió más Gracia a mi Señor Almirante que a ninguno de sus súbditos en este reino»). CORNWALLIS, C.: *Op. cit.*, p. 72.

51. TRESSWELL, R.: *Op. cit.*, p. 566.

52. LOOMIE, A. J.: *Guy Fawkes in Spain: The «Spanish Treason» in Spanish Documents*. Londres, 1971, pp. 15-30.

concebidas, por supuesto, para honrar la majestad de la Corona y la continuidad de la Casa de Austria en España y también –como no podía ser de otra manera en España– para celebrar la identificación entre la Iglesia y la Corona. Pero también determinaron la nueva cultura cortesana española de la época que siguió a las guerras del Rey Prudente, una cultura más cara y extravagante de lo que había sido a lo largo del siglo XVI y, sobre todo, durante el largo ocaso de Felipe II. Los ingleses –que sin pretenderlo habían servido de estímulo a muchas de las extravagancias que se exhibieron aquellos días– regresaron con la imagen de una corte joven y vibrante llena de entusiasmo, que se distinguía por su refinada cultura pero que también daba cabida a un pueblo que con escandaloso entusiasmo participaba en sus celebraciones. También se llevaron consigo la imagen de un duque de Lerma todopoderoso –y en apariencia infinitamente rico–, primer ministro de un joven monarca. Durante los festejos de Valladolid Lerma exhibió su enorme poder de tal manera que llegó a establecer para toda su generación el modelo del cortesano que era cortesano y ministro, esteta y soldado.

Por lo tanto, en las fiestas celebradas en Valladolid en el verano de 1605, nació una nueva cultura política y cortesana. Es además posible que esas mismas fiestas tuvieran su parte de responsabilidad en la decisión de hacer volver a la corte a Madrid en 1606. Lógicamente, en cuanto la corte se hubo instalado de nuevo en la antigua capital, descubrió que era capaz de expandir sus actividades y de beneficiarse de las ventajas que le ofrecía la gran ciudad –en especial, sus palacios y los espacios en los que la Corona y la aristocracia podían procurarse centros para el desarrollo y la ostentación cultural–. Se había demostrado que Valladolid no era lo suficientemente grande como para albergar la corte del rey de España; pero aquel pequeño interludio había servido a la corte de estímulo para su propio desarrollo, un estímulo destinado a tener una importancia permanente. Fue en Valladolid, en el verano de 1605, donde nació la nueva corte española del siglo XVII y su impacto, naturalmente, estaba destinado a sentirse en toda Europa.

El duque de Lerma fue el artífice de la nueva corte, por lo que parece apropiado que se viera envuelto en el último acto de la nueva diplomacia que había nacido en 1605. En 1623 el príncipe Carlos y el duque de Buckingham pasaron por Valladolid en su camino de regreso a Inglaterra tras su fracasado intento de concertar un matrimonio español. En Valladolid visitaron a Lerma, a la sazón cardenal de la Iglesia, que sólo podía ya suscitar un interés erudito en los dos viajeros ingleses. El príncipe y el duque contaban con el permiso de Felipe IV para escoger el regalo que desearan de la Casa de la Ribera, donde eligieron, para llevarse de vuelta a casa, la fuente de Giambetti Bologna que hoy se encuentra en el Victoria and Albert Museum de Londres como recuerdo del hombre que llevó en brazos al futuro Felipe IV el día de su bautizo en 1605, el mismo príncipe que le rechazaría al alcanzar su primera madurez. Tras el regreso del príncipe Carlos

y de Buckingham, Jacobo I declaró la guerra a España. La era de paz que había comenzado en 1604-1605 había llegado a su fin. A manera de *postscriptum* cabe señalar que, en el codicilo que añadió a su testamento en 1624, Lerma se preocupó de recordar a Felipe IV que los servicios que le había prestado habían comenzado el día de 1605 en que le llevó en brazos a la pila bautismal en la iglesia de San Pablo. No le sirvió de nada, Felipe IV siguió adelante con sus planes para confiscarle todas las riquezas que había amasado explotando su propio valimiento durante el reinado de su padre⁵³.

53. «[...] suplico humildemente al Rey nuestro señor que Dios guarde continúe las mercedes que mi cassa ha recibido en los Duques de Uzeda, y Cea, mi hijo y nieto, y successores de mi cassa, acordandose de la voluntad con que desde su nacimiento le serui, singularmente, auindole lleuado en mis braços a recibir el santo Sacramento del Bautismo». Codicilo del 10 de octubre de 1624, añadido al testamento del Duque de Lerma, Madrid, 12 de junio de 1617. Archivo del Duque de Lerma, Toledo, 12, fols. 3-3b.



